



XXXVII CURSET

Jornadas Internacionales sobre la Intervención en el Patrimonio Arquitectónico

Patrimonio sacro: Permanente innovación | Barcelona, 11-14 de diciembre de 2014

Iglesia y Centro Parroquial de San Jorge. Pamplona

Jesús Leache Resano*, Fernando Tabuenca González*. *Tabuenca & Leache, Arquitectos

En el año 2000, el Arzobispado de Pamplona-Tudela convocó un concurso para el proyecto de una nueva iglesia y centro parroquial en San Jorge, Pamplona, un deseo anhelado desde hacía más de treinta años por los feligreses del barrio, pues hasta ese momento tanto las dependencias parroquiales como la iglesia estaban dispersas en las plantas bajas de varios edificios del entorno.

Cabe subrayar la sencillez con la que se establecieron las bases del concurso, en un documento que apenas alcanzaba los 4 folios para los aspectos legales y 7 para el programa de necesidades, acostumbrados a los cada vez más farragosos pliegos de los concursos públicos. Al concurso se presentaron 40 propuestas que fueron valoradas por un jurado previamente conocido y expuestas públicamente hechos a destacar pues hoy su práctica se ha abandonado.

Se daban unas condiciones realmente atractivas y amables, y todo alrededor de un tema de proyecto como es el de pensar una iglesia, una oportunidad que no se da todos los días al menos en nuestra oficina.

El solar sobre el que se proponía desarrollar el proyecto se situaba en el centro de un inmenso espacio anodino rodeado de viviendas de 8 y 10 alturas que no hacían fácil el camino para encontrar una solución adecuada. Imaginemos: ladrillo caravista rojo, junta de mortero blanco, carpinterías de pvc, persianas enrollables de plástico...este era el escenario sobre el que tendríamos que trabajar.

La propuesta del concurso se abordó con el firme propósito de que esta nueva dotación ayudara a organizar a poner en medida y amabilizar el entorno urbano próximo. De hecho se presentó una propuesta en la que el volumen edificado se desplazaba respecto de la posición central prevista por el planeamiento, con el objeto de crear una gran plaza – con el centro parroquial como telón de fondo- y una calle lateral, frente a los espacios que se desalojarían si el edificio ocupaba el centro del solar. Esta estrategia buscaba sumar las posibilidades de la plaza y de la iglesia reforzando ambos su propia naturaleza y carácter.

A pesar de esta heterodoxia la solución prosperó inicialmente y fue la mejor valorada en el concurso, a partir de lo cual comenzó el desarrollo del proyecto.

La solución pasaba a su vez por someter la el volumen del edificio y su disposición a la de los bloque de viviendas perpendiculares a la avenida, subrayando y completando su ritmo, pues se vio que dicha actitud abundaría en un imagen de acomodo natural en el duro paisaje ya construido.

El cambio de alineaciones, que a todos los agentes intervinientes parecía convencer, suponía pasar por un estudio de detalle, y este por la lógica exposición pública. Ante el temor de que el vecindario próximo pudiera poner pegas o trabas, se abortó la operación, por lo que tras 2 años de trabajo comenzamos de nuevo a desarrollar el proyecto en el emplazamiento central previsto en el planeamiento...

Con los mismos fundamentos que desde el comienzo, y ya con muchos más datos encima de la mesa de dibujo - pues para entonces se habían celebrado las lógicas reuniones de seguimiento con la propiedad - planteamos, tras ofrecer múltiples soluciones tipológicas alternativas, un proyecto que recogía elementos esenciales de la propuesta del concurso.

En este caso, el primer objetivo fue unir las dos plazas que surgen a ambos lados del nuevo edificio. Esta misión la realizará un atrio pasante, que además organizará y cualificará el ingreso al templo y a la casa parroquial. Lugar de paso, de reunión, de preparación al culto, de despedida, que conecta visualmente las aulas de catequesis con la propia fachada de la iglesia, que permite también la inmediatez con los despachos parroquiales etc...a este atrio se le va a confiar la solución a un problema de organización de espacio urbano, de aislamiento de ruido aéreo y de ruido visual, un espacio de una eficacia arquitectónica extraordinaria comparada con la sencillez de su traza.

Desde el comienzo se intuía que la solución en relación con el áspero entorno debería ser unitaria. Todas las partes deberían sumarse y formar un todo único con el que poder trabajar una escala apropiada, amable pero sin complejos. La iglesia, el atrio, el centro parroquial, y lo que casi era más comprometido de resolver,



la viviendas parroquiales, se “envolvieron” dentro de un manto general que da solución unitaria a este problema tan generalizado en este tipo de programa edificatorio.

En cuanto a la construcción, suponíamos que debíamos ofrecer la posibilidad de una solución sencilla, un estándar básico, casi militante, comprometida con el proyecto espiritual de la propia Iglesia Católica. Pero ese proyecto –se nos dijo- no termina mañana, y la mirada debía perderse en los quinientos años venideros. Había que administrar este tipo de contradicciones y planteamos una construcción casi de iglesia-fortaleza, que se protege del entorno, pero que al mismo tiempo quiere protegerlo y dignificarlo. Una iglesia despojada, que muestra su construcción desnuda.

Unos sencillos muros de hormigón encofrados con tablas de pino nos ayudaron a resolver esta cuestión. O, al menos, así lo pensamos nosotros.

Todo el programa encajó de un modo natural dentro de unas sencillas pautas de diseño pero el desarrollo de la solución no estuvo exento de los lógicos vaivenes y dudas, propias y ajenas, que inevitablemente acompañan al hecho proyectual. Si bien las reglas a las que se sometió el dibujo de conjunto así como el esfuerzo en la síntesis a la hora de plantear soluciones concretas supusieron una apoyatura real que clarificó el camino a seguir, subyacía de manera intermitente la gran pregunta.

Hoy, el proyecto para una iglesia es más que nunca, visto lógicamente con perspectiva histórica, una pesada y espesa pregunta y, al mismo tiempo es una de las respuestas quizá más ansiadas. Respuesta sobre la que algunos maestros, como Miguel Fisac, Corrales+Molezún, Rudolph Schwarz o José María García de Paredes, han podido profundizar por el sencillo hecho de haber tenido diferentes –o múltiples- oportunidades e indudablemente, por haber sabido aprovechar cada ocasión.

Cuando pensamos en ellos, en los templos que han construido, lo hacemos de un modo global. Es un camino y un laboratorio al mismo tiempo lo que nos muestran. Parece imposible aproximarse si quiera a dar una respuesta al problema del espacio sagrado sin repetir el ejercicio una y muchas veces. Quizá por esto resulta extraordinariamente difícil superar o trascender las arquitecturas dedicadas al culto decantadas, repetidas, perfeccionadas durante siglos y que se hacen añicos en nuestro tiempo. Oiza sentenció que la historia de la arquitectura había dejado de escribirse sobre la historia del templo. Y, en efecto, algunos momentos sentimos que habíamos llegado tarde...

De todos modos resultaba más práctico ser conscientes y tener presentes estas cuestiones que su ignorancia o elusión.

De hecho nos ayudaron a afrontar en su justa medida otros problemas recurrentes en la arquitectura sacra como la cuestión litúrgica y su traducción al espacio físico. En este asunto, donde esperábamos unas claras directrices, hallamos un rico debate coherente con la crisis de los modelos históricos y la búsqueda de modelos estables. Desde la pertinencia de las capillas bautismal y penitencial, cuya trascendencia Fisac nos había mostrado con una habilidad y convencimiento sin par, y que en el caso que nos ocupa no prosperaron por cuestiones de funcionamiento diario, la posición de la sacristía, las sillas versus los bancos, el altar y su luz...incluida una enmienda a la totalidad que proponía reconsiderar toda la organización interna del templo hacia un modelo litúrgico específico, a lo cual nuestra única objeción fue que todo lo planteado hasta el momento no parecía ser adecuado para dicho servicio y por tanto debería empezarse casi de nuevo y dado lo avanzado del proceso, se renunció a dicho cambio.

Todas estas cuestiones fueron debatidas en numerosas sesiones con la Comisión de Liturgia del Arzobispado con cuyos componentes mantuvimos una cordial y eficaz relación.

El debate dio sus frutos y al menos se encontró una solución consensuada y satisfactoria que permitió tratar todos los elementos litúrgicos con la integración y unidad requerida.

Cuestión distinta fue la relativa a la imagería. Mientras la arquitectura nos interrogaba y la liturgia se debatía, esperamos a que ambas cuestiones se clarificaran para actuar con criterios firmes en lo relativo al proyecto iconográfico. Sin embargo, al final de la obra, los recursos ya eran escasos y quedaron sin ejecución las ideas que habíamos madurado mientras veíamos levantar los muros del templo.

La falta de éxito en la búsqueda de donantes así como la existencia de unas imágenes –Cristo, Virgen, San Jorge- pertenecientes a la antigua sede parroquial hicieron infructuosos nuestros esfuerzos de dotar esta iglesia de una adecuado y sencillo conjunto de imágenes. Siempre a nuestro modesto parecer.

No creemos estar desvelando nada nuevo con estas reflexiones. Sí pensamos que puede ser de interés compartir la experiencia. La situación del “matrimonio” arquitectura y arte sacros es bien conocida. A esta cuestión también hemos sentido llegar tarde. También a este respecto encontramos una sensación de orfandad, de vacío. Cuando no hace muchos años arte y arquitectura –sacros- caminaban de la mano con energía. Donde ambos sumaban sus esfuerzos y bebían de las fuentes de la tradición no por las formas sino en el sentido de su intrínseca relación. Durante meses investigamos y buscamos sobre esta cuestión



AGRUPACIÓ D'ARQUITECTES PER A
LA DEFENSA I LA INTERVENCIÓ EN EL
PATRIMONI ARQUITECTÒNIC



Col·legi d'Arquitectes
de Catalunya

Plaça Nova, 5
08002 Barcelona
Tel. 93 301 50 00

con el propósito de dar una solución digna, sencilla y adecuada al problema planteado. La idea central era situar en el centro focal del espacio y suspendido sobre el altar la imagen del Cristo crucificado. La mayor parte de las ideas que manejamos a lo largo de proyecto no eran nuevas. Esa imagen, por pequeña que fuera, daría sentido a toda la estructura del templo. Descubrimos una imagen que el escultor Pablo Serrano realizó allá por los años 50. Una imagen pequeña con una energía y un dramatismo contenido extraordinarios. Viajamos con párroco y coadjutor – a contemplar juntos la imagen. “Tiene unción...” sentenció D. Juan –hoy ya Obispo auxiliar- tras un silencio observante, para descompresión de una curiosa situación. En una ocasión visitó el templo Fray Coello de Portugal quién refrendó la propuesta y aportó sabias matizaciones. Su reproducción e instalación esperan hoy quien aporte la ayuda económica necesaria.

Finalmente, la luz. Pensamos, o mejor, intuimos que debía soportar un cierto carácter simbólico y estar por encima de los elementos materiales que componen el templo. No sólo la luz que atraviesa el edificio. También la que refleja, baña o atrapa sus muros, que pretenden activar las vibraciones de los sentidos en su entorno próximo como paso previo al ingreso en el atrio. Éste espacio es un primer contenedor de luz que por sus cualidades tiene un valor neutro, estático y que permite un suave tránsito hacia el interior a través de un pequeño nártex que articula este especial momento que es el entrar –el *cruzar* en palabras de Javier Carvajal- y que acolcha dos mundos completamente distintos. Ya en el interior el gran muro de alabastro atenúa la atmósfera a los pies de la nave, donde el camino está marcado por la luz sólida sobre el altar y el presbiterio, cubierto por un gran lucernario que introduce la visión del cielo como final de ese camino.

Si todo proyecto es un aprendizaje para quien se enfrenta a él, éste, por su naturaleza y responsabilidad, lo ha sido de manera especial. Esperamos haber contribuido al bien común al menos en la misma medida que este ejercicio nos ha enseñado a nosotros.